

reparar tampoco en el peligro que cerca de allí se corría, me dirigí hacia el Retiro.

En la puerta que se abría al primer patio, me detuvieron los centinelas. Un oficial se acercó á la entrada.

—Señor— exclamé juntando las manos y expresando de la manera más espontánea el vivo dolor que me dominaba—busco á dos personas de mi familia que han sido traídas aquí por equivocación. Son inocentes: Inés no arrojó á la calle ningún caldero de agua hirviendo, ni el pobre clérigo ha matado á ningún francés. Yo lo aseguro, señor oficial, y el que dijese lo contrario es un vil mentiroso.

El oficial, que no me entendía, hizo un movimiento para echarme hacia fuera; pero yo, sin reparar en consideraciones de ninguna clase, me arrodillé delante de él, y con fuertes gritos proseguí suplicando de esta manera:

—Señor oficial, ¿será usted tan inhumano que mande fusilar á dos personas inofensivas, á una muchacha de dieciséis años y á un infeliz viejo de sesenta? No puede ser. Déjeme usted entrar; yo le diré cuales son, y usted les mandará poner en libertad. Los pobrecitos no han hecho nada. Fusíleme á mí, que disparé muchos tiros contra ustedes en la acción del Parque; pero deje en libertad á la muchacha y al sacerdote. Yo entraré, les sacaremos..... Mañana, mañana probaré yo, como esta noche, que son inocentes, y si no resultasen tan inocentes como los ángeles del cielo, fusíleme usted á mi cien veces. Señor oficial, usted es bueno, usted no puede ser un verdugo. Esas cruces que tiene en el pecho las habrá adquirido honrosamente en las grandes batallas que dicen ha ganado el ejército de Napoleón. Un hombre como usted no puede deshonorarse asesinando á mujeres inocentes. Yo no lo creo, aunque me lo digan. Señor oficial, si quieren ustedes vengarse de lo de esta mañana, maten á todos los hombres de Madrid, mátenme también á mí; pero no á Inés. ¿Usted no tiene hermanitas jóvenes y lindas? ¿Si usted las viera amarradas á un palo, á la luz de una linterna, delante de cuatro soldados con los fusiles en la cara, ¿estaría tan sereno como está? Déjeme entrar: yo le diré quiénes son los que busco, y entre los dos haremos esta buena obra que Dios le tendrá en cuenta cuando se muera. El corazón me dice que están aquí... entremos, por Dios y por la Virgen. Usted está aquí en tierra extranjera, y lejos, muy lejos de los suyos. Cuando recibe cartas de su madre ó de sus hermanitas, ¿no le rebosa el corazón de alegría, no quiere verlas, no quiere volver allá?

Si le dijesen que ahora las estaban poniendo un farol en el pecho para fusilarlas...

El estrépito de otra descarga me hizo enmudecer, y la voz espiró en mi garganta por falta de aliento. Estuve á punto de caer sin sentido; pero haciendo un heroico esfuerzo volví á suplicar al oficial con voz ronca y ademán desesperado, pretendiendo que me dejase entrar á ver si algunos de los recién inmolados eran los que yo buscaba. Sin duda mi ruego, expresado ardientemente y con profundísima verdad, conmovió al joven oficial, más por la angustia de mis ademanes que por el sentido de las palabras, extranjerías para él, y apartándose á un lado me indicó que entrara. Hicelo rápidamente, y recorri como un insensato el primer patio y el segundo. En éste, que era el de la Pelota, no había más que franceses; pero en aquél yacían por el suelo las víctimas aún palpitantes, y no lejos de ellas las que esperaban la muerte. Vi que las ataban codo con codo, obligándoles á ponerse de rodillas, unos de espaldas, otros de frente. Los más extendían los brazos, agitándolos al mismo tiempo que lanzaban imprecaciones y retos á los verdugos; algunos escondían con horror la cara en el pecho del vecino; otros lloraban; otros pedían la muerte, y vi uno que rompiendo con fuertes sacudidas las ligaduras se abalanzó hacia los granaderos. Ninguna fórmula de juicio, ni tampoco preparación espiritual, precedían á esta abominación: los granaderos hacían fuego una ó dos veces, y los sacrificados se revolvían en charcos de sangre con espantosa agonía.

Algunos acababan en el acto; pero los más padecían largo martirio antes de espirar, y hubo muchos que heridos por las balas en las extremidades y desangrados, sobrevivieron después de pasar por muertos hasta la mañana del día 3, en que los mismos franceses reconociendo su mala puntería, los mandaron al hospital. Estos casos no fueron raros, y yo sé de dos ó tres á quienes cupo la suerte de vivir después de pasar por los horrores de una ejecución sangrienta.

Un maestro herrero, comprendido en una de las traillas del Retiro, dió señales de vida al día siguiente, y al borde mismo del hoyo al que se le preparaba sepultura: lo mismo aconteció á un tendero de la calle de Carretas, y hasta hace poco tiempo ha existido uno que era entonces empleado en la imprenta de Sancha, y fué fusilado torpemente dos veces, una en la Soledad, donde se hizo la primera matanza, después en el patio del Buen Suceso, desde cuyo sitio pudo escapar, arrastrán-